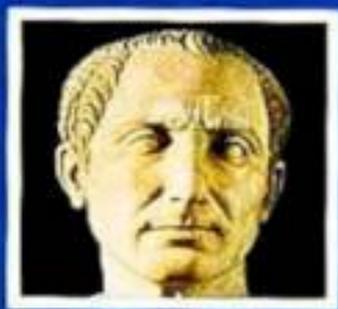


MEMORIA de la HISTORIA

Julio César, el hombre que pudo reinar

Una de las vidas más brillantes de toda la historia universal,
magistralmente contada por un gran escritor.



Juan Eslava Galán



La vida de Julio César es una de las más brillantes de la historia: fue victorioso general, sagaz político, envidiado amante de Cleopatra, ilustre escritor, inventor de nuestro calendario... Pocos hombre han dejado un recuerdo más profundo en la historia universal. El episodio de su asesinato, genialmente dramatizado en una tragedia de Shakespeare, ha contribuido a hacer de él una figura de excepcional relieve.

CAPÍTULO PRIMERO

Una loba en el Capitolio

Vamos a recorrer la vida de Julio César, el victorioso general, el sagaz político, el ilustre escritor, el envidiado amante de Cleopatra, el inventor de nuestro calendario. Si exceptuamos a los grandes líderes religiosos (Jesucristo, Mahoma y Buda), Julio César constituye, probablemente, la figura más relevante de la historia universal. Su nombre designa todavía el mes en que nació: julio. Su famoso apellido es, en varios idiomas, sinónimo de gobernante supremo: el *césar* latino, el *zar* ruso, el *kaiser* alemán, el *qaysar* islámico. La palabra *cesarismo* (inseparable de su oscuro envés, *despotismo*) se ha incorporado al diccionario para designar el gobierno personal y absoluto ejercido por un gran hombre...

Se comprende que el lector esté impaciente por entrar en materia, pero el cabal entendimiento de las páginas que siguen requiere que previamente refresquemos nuestra memoria con algunos datos sobre Roma y los romanos.

Los romanos creían que su ciudad gozaba de la protección de Marte, el dios de la guerra y de la conquista, y de Venus, la diosa de la felicidad, de la fecundidad y de la vida. La historia mítica que aprendían desde niños corroboraba tan ilustre ascendencia. Cualquier escolar romano sabía que cuando los griegos destruyeron la ciudad de Troya, uno de los troyanos fugitivos, el príncipe Eneas, hijo de la diosa Venus, anduvo vagando por el Mediterráneo hasta

que decidió establecerse en Italia. Allí se casó con la hija de un reyezuelo local y tuvo un hijo que fundó la ciudad de Alba Longa. Los descendientes de Eneas reinaron pacíficamente sobre Alba Longa hasta que uno de ellos, el bondadoso rey Numitor, fue destronado por su malvado hermano, un tal Amulio. Aquí es donde interviene Marte, el dios de la guerra, que se prenda de la princesa Rea Silvia, hija del destronado, y la deja preñada a la primera. A su debido tiempo Rea Silvia dio a luz dos robustos gemelos, Rómulo y Remo.

Cuando el usurpador supo que su sobrina le había parido dos sobrinitos, temió que algún día le reclamaran el trono, así que secuestró a los recién nacidos y los hizo abandonar en el monte a merced de las fieras. Cayó la noche y el berrido de los niños hambrientos atrajo a una loba a la que unos cazadores habían robado las crías. Movidada por su instinto maternal, la fiera los amamantó en sus henchidas ubres y luego los llevó a su madriguera, en el monte Capitolio, donde los crio.

Pasaron los años. Rómulo y Remo se hicieron hombres, conocieron su origen y, respondiendo a la llamada de la sangre, mataron al usurpador de Alba Longa y reinstauraron a su anciano abuelo en el trono de la ciudad. Después, en lugar de disfrutar de su condición principesca, prefirieron regresar al montaraz paraje donde la loba los había criado para establecer allí una nueva población.

¿Dónde la fundarían? Rómulo opinaba que el lugar, más apropiado era el propio monte Palatino, donde estaba la madriguera de la loba que los adoptó, pero Remo prefería el vecino monte Aventino. En la duda era mejor dejar la elección a los dioses. Pasaron un día escrutando el cielo sobre las colinas y contando las águilas que los sobrevolaban. Rómulo vio doce; Remo, solamente seis. Los augurios estaban claros: ganaba Rómulo. Así que armó el arado, unció la yegua y el buey blancos que requería la ceremonia y se pu-

so a trazar el surco de lo que serían las murallas de la ciudad.

Antiguamente la fundación de una ciudad era un acto mágico acompañado de solemnes ritos. En la confluencia astral más adecuada, el fundador trazaba un surco con un arado señalando el contorno de los muros y sus puertas. El espacio acotado de este modo era sagrado, el *pomeranium*, como si fuera una extensión del templo que presidiría la urbe.

Mientras Rómulo araba, Remo, descontento, propinó un puntapié al surco liminar, haciendo burla de su carácter sacrosanto. El severo fundador se lanzó sobre el sacrilego y le hundió el cráneo con una azada. De esta manera dramática la sangre vertida de Remo, sustancia de Marte y de Venus, fue el sacrificio propiciatorio que consagró la ciudad.

Ésta era la leyenda que aceptaban los romanos. La historia, mucho más prosaica, que arqueólogos e historiadores reconstruyen pacientemente nos enseña que hacia el año 750 a. de C. Roma era un villorrio, poco más que una docena de chozas diseminadas por las laderas del monte Palatino. Aquel emplazamiento tenía sus ventajas. Por una parte estaba bien defendido y dominaba el río Tíber y las tierras de cultivo y pastizales que sus aguas bañan; por otra estaba suficientemente alejado del mar para que sus pobladores se sintieran al abrigo de los piratas. Pero también tenía sus inconvenientes porque los pantanos que lo rodeaban estaban infestados de mosquitos. Toda la grandeza de la Roma imperial (y luego de la pontificia que la sucedió) no pudo acabar con el pertinaz mosquito trompetero. Habría que esperar dos mil quinientos años, hasta nuestro siglo, para que la desecación de los pantanos librara a la ciudad de aquel suplicio (un acierto de Mussolini que quizá no compense sus errores de más bulto).

Con el tiempo, las pequeñas comunidades latinas, sabinas y etruscas diseminadas por el Palatino y las seis colinas

vecinas constituyeron un embrión de ciudad: la ciudad del río, *rumon*, es decir, Roma.

A primera vista, Roma parecía una más de las muchas ciudades sometidas al poder de los etruscos, pero el recio carácter de sus habitantes la llevó muy pronto a destacar entre las demás. El romano se caracterizaba por su pragmatismo, por sus dotes de organización y por sus virtudes ciudadanas, a saber: la fidelidad a su ciudad o a su clan (*fides*), la devoción (*pietas*), el valor (*virtus*), la independencia (*libertas*) y, sobre todo, por un concepto absolutamente moderno: la subordinación del individuo a la ley (*ex*), fundamento del derecho romano que es todavía su más valiosa aportación a la cultura occidental. A estas virtudes ciudadanas el romano unía estimables virtudes privadas: integridad (*probitas*), juicio ponderado (*consilium*), circunspección (*diligentia*), autodomínio (*temperantia*), tenacidad (*constantia*) y rigor (*severitas*). A los jóvenes se los educaba en la obediencia (*obsequium*), el respeto (*verecundia*) y la pureza (*pudicitia*).

Cuando sus poderosos vecinos, los etruscos, vinieron a menos, los romanos fueron a más: primero dominaron las ciudades vecinas, después las más lejanas, al cabo de cuatro siglos eran los dueños de la península, y cuando la bota italiana se les quedó pequeña no dudaron en extender su influencia a otras tierras. Sus intereses chocaron inevitablemente con los de Cartago, la otra superpotencia que había crecido de modo similar en la orilla opuesta del Mediterráneo. El acontecimiento decisivo, equiparable a nuestras recientes guerras mundiales, fueron las guerras púnicas (264 y 218 a. de C.), al cabo de las cuales Roma aplastó a los cartagineses, les incendió la ciudad y sembró de sal sus campos: los borró del mapa.

El poder marítimo de los cartagineses, un próspero imperio que se extendía por todo el norte de Africa, de Marruecos a Libia, por el sur de España y por las islas occidentales del Mediterráneo, revertió de pronto en las manos de

Roma. De la noche a la mañana nuestros romanos se encontraron ocupando ámbitos en los que antes no habían osado soñar, nuevas tierras e islas, y navegando por un Mediterráneo que les pertenecía. Ellos, que siempre fueron campesinos de tierra adentro, enemigos del mar y reacios a embarcarse.

A partir de aquel momento el ascenso de Roma fue imparable. Durante siglo y medio sus invencibles legiones señorearon Occidente sometiendo extensos territorios. Los legionarios eran ciudadanos romanos que servían en el ejército durante veinte años o más. A estos excelentes soldados profesionales y al desarrollo de tácticas y disciplina muy superiores a las de sus enemigos se debió que la legión romana fuese, durante algunos siglos, una fuerza invencible.

Los Reyes Malvados

En sus comienzos, Roma fue gobernada por reyes que eran aconsejados por un Senado, o asamblea de ancianos, de cien miembros escogidos entre las distintas tribus. Cuando la ciudad creció, los celosos romanos no tuvieron inconveniente en admitir emigrantes de otros lugares, pero se guardaron de concederles derechos ciudadanos y los denominaron plebeyos o gente común, mientras que ellos se consideraban patricios o romanos de toda la vida. Así se explicaba, al menos, el origen histórico de los dos grandes grupos sociales que existían en la ciudad. Pobres y ricos, como en todas partes desde que el mundo es mundo.

Después de dos siglos y medio de monarquía, una revolución destronó al último rey y la ciudad se proclamó en República. El cambio de régimen no abolió las diferencias sociales sino que más bien las acentuó.

En las películas de romanos y en los desfiles procesionales de Semana Santa suelen aparecer unos vistosos estan-

dartes púrpura sobre los que destacan, bordadas con hilo de oro, las siglas SPQR. También pueden verse en las tapas metálicas de las alcantarillas de Roma. Los romanos actuales, incorregibles bromistas, aseguran, con un guiño pícaro, que las misteriosas siglas significan: «Sono Porchi Questi Romani», pero en realidad quieren decir: *Senatus Populus-Que Romanus*, es decir: Senado y Pueblo Romanos. Esta fórmula era la expresión del poder político en Roma, todo se hacía en nombre del Senado y del Pueblo, representantes de las dos castas en que se dividía la ciudad. La asamblea popular, o comicios, elegía cada año al gobierno y el Senado, o parlamento vitalicio, copado por la aristocracia, ratificaba esta elección. De este modo se suponía que plebe y aristocracia quedaban equilibradas.

Sobre el papel pudiera parecer que la República romana era democrática. Nada más lejos de la verdad. El peculiar sistema electoral romano garantizaba el triunfo de la oligarquía aristocrática en todas las votaciones. Quizá esto repugne al lector, educado en las excelencias de la democracia moderna que hace a los ciudadanos iguales ante la ley y establece que el voto de un analfabeto vale tanto como el de un doctor en ciencias políticas. Esto de un hombre es igual a un voto, lo que Borges censura como abominable abuso de la estadística, constituye una conquista social relativamente moderna. Los romanos no estaban tan evolucionados. Entre ellos, los derechos políticos de un ciudadano estaban en relación directa con su patrimonio y lo que contaba era el voto colectivo, el voto del grupo. Por otra parte no era fácil que de la plebe surgieran campeones capaces de liderarla en sus justas reivindicaciones puesto que sus mejores elementos, en cuanto hallaban ocasión, se pasaban al bando contrario y una vez en él, para perdonarse el origen, se volvían más papistas que el Papa. Porque en Roma, como entre nosotros, el dinero era la llave maestra que abría todas las puertas, el irresistible ariete que horadaba las barreras y prejuicios sociales. Las familias

plebeyas enriquecidas permeabilizaban las lindes al emparentar con familias patricias arruinadas.

El dinero era, además, garante de derechos ciudadanos. Atendiendo a criterios estrictamente económicos, los romanos se dividían en cinco clases. Los que nada poseían, la masa obrera, ni siquiera constituían clase, eran *infra classem* o *proletarii*, curiosa palabra que significa «los que sólo poseen a sus hijos». Éstos ni siquiera votaban, pero tampoco hacían la mili ni cotizaban al fisco (¿de qué iban a cotizar si eran pobres como ratas?).

Las cinco clases se establecían según un baremo que atendía al patrimonio de cada individuo. Cada cierto número de años se reformaba el censo para que los que habían mejorado de posición económica pudieran pasar a la clase superior y los que habían empeorado descendieran a la inferior. La primera clase, la más adinerada, era la de los *equites* o caballeros, así denominados porque sus individuos en edad militar podían costearse un caballo. La posesión de caballo se convirtió, por lo tanto, en signo externo de riqueza. Como hoy.

A efectos electorales, los ciudadanos de Roma se agrupaban en curias, tribus o centurias. Ya hemos dicho que el mecanismo estaba diseñado para potenciar el voto de la minoría adinerada y conservadora en detrimento del de la masa pobre y consecuentemente liberal. Si la votación era por centurias, los ricos copaban el cincuenta por ciento de las unidades de voto. Si era por tribus, los ricos ganaban igualmente, puesto que controlaban veintisiete tribus rurales mientras que el pueblo sólo abarcaba las cuatro tribus ciudadanas. Además, sólo los ricos podían desplazarse a Roma en tiempo de votaciones (unas veinte veces al año, nada menos). El pequeño agricultor no podía permitirse perder un día de trabajo, o varios, para ejercer su derecho al voto.

Con esta peculiar manera colectiva de valorar los votos, el margen de participación política de la masa obrera era

escaso y el gobierno se concentraba indefectiblemente en manos de la aristocracia ciudadana (*nobilitas*), los descendientes del tronco patricio rejuvenecido por vía matrimonial con los frescos injertos de los enriquecidos *equites*. Primero la posibilidad de ingresar en el patriciado por vía matrimonial y luego el acceso a las magistraturas. Fue así como, en el transcurso de los cinco siglos que abarcó la República, los plebeyos fueron conquistando lenta y fatigosamente mejoras sociales y derechos políticos.

El Senado, copado por la aristocracia, estaba al servicio de sus intereses de clase. Es más, se daba por sentado que los retoños de las familias patricias estaban predestinados a hacer carrera política, que ése era su privilegio y su derecho natural, aunque fueran unos zoquetes. Esta carrera política o *cursus honorum* se contemplaba como un ascenso desde puestos de menor importancia, digamos equivalentes a un concejal, delegado ministerial o subsecretario moderno, hasta la presidencia del gobierno o consulado. Esta magistratura era doble y anual y los cónsules salientes no eran reelegibles hasta pasados diez años. Así se evitaba el triste espectáculo de un presidente aferrado a su poltrona. Aparte de que, con este sistema, todos los nobles, a pocas luces que tuvieran, podían aspirar a desempeñar alguna vez la alta magistratura.

El «*cursus honorum*»

Julio César era un patricio. A lo largo de este libro vamos a contemplar su ascensión por el *cursus honorum*, es decir, su carrera administrativa. No estará de más, por lo tanto, que dediquemos nuestra atención a las distintas magistraturas o cargos políticos comprendidos en aquel escalafón:

Cuestores (o indagadores): eran los funcionarios de Hacienda que velaban por la tesorería y libraban los pagos.

Cuando Roma era sólo una modesta alcaldía eran dos, pero en la época de César el Estado había crecido tanto que ya eran cuarenta.

Ediles: eran concejales municipales. Solían ser cuatro.

Pretores: eran altos funcionarios del ministerio de Justicia y del de Interior. Ocupaban el lugar de los cónsules cuando éstos se ausentaban de la ciudad. En la época de César eran ya dieciséis.

Cónsules (palabra que significa asociados): eran, como queda dicho, los presidentes de gobierno con poderes casi absolutos. Presidían el Senado y los comicios y capitaneaban el ejército. Como eran dos y sus decisiones debían ser colegiadas, muy a menudo estaban enfrentados y no llegaban a decisión ninguna. Los romanos no lo lamentaban: de este modo se evitaba que uno de ellos acaparara demasiado poder y cayera en la tentación de proclamarse rey. Es que en Roma el mando único estaba muy desprestigiado porque traía aciagos recuerdos de cuando fue monarquía. La palabra rey era tabú hasta el punto que, cuando se restauró la monarquía hereditaria, los reyes jamás se atrevieron a usar tal título y se contentaron con el de emperador, aunque sus poderes fueran tan absolutos y hereditarios como los de cualquier monarca antiguo.

Así como ahora los ministros suelen obtener a su salida del cargo sinecuras que les permiten enriquecerse en consejos de administración, los cónsules salientes solían obtener proconsulados, es decir, gobiernos en las provincias del Imperio. De este modo, veían prorrogado su *imperium* o poder ejecutivo (lo que los ponía a salvo de los tribunales ordinarios que pudieran juzgarlos por una mala gestión) y, por otra parte, se les daba la posibilidad de acumular grandes riquezas exprimiendo a la provincia administrada.

Otros cónsules salientes eran nombrados censores, un importante cargo quinquenal cuyo cometido consistía en elaborar y mantener al día el censo de los ciudadanos, actualizándolo por clases según la fortuna de cada individuo.

También designaban a los nuevos senadores y velaban por la pureza de las costumbres.

Los cargos gubernativos más bajos (cuestores y ediles) tenían solamente *potestas*, es decir, poder administrativo; pero los más altos (pretore, cónsules, procónsules) estaban dotados, además, de *imperium*, poder de vida y muerte, cuyo carácter sagrado confería inviolabilidad.

Cuando ejercían su cargo, los magistrados *cum imperium* iban precedidos y escoltados por un número variable de soldados (*lictore*) que portaban al hombro las *fascas*, o haces de varas de azotar, símbolo del poder coactivo que otorgaba el cargo.

La misma función tienen los decorativos maceros de loba que escoltan a nuestros ayuntamientos «bajo mazas».

Fuera de la ciudad, y por tanto de la jurisdicción del pueblo, los lictore agregaban al haz de varas un hacha de verdugo (*securis*). Los fascas fueron adoptados por Mussolini como símbolo de su partido (por eso denominado *fascista*). Es que don Benito soñaba con emular las glorias de la antigua Roma y no se percataba de que aquellos laureles se habían marchitado irremediabilmente y su mundo pertenecía ya, inevitablemente, a los bárbaros.

Ya que estamos aludiendo a un moderno dictador, parece oportuno mencionar a los dictadores de Roma. La República romana preveía que, de tarde en tarde, en momentos de verdadero peligro podía ser necesario acudir a un caudillo de reconocida capacidad que adoptara medidas extraordinarias para salvar a la patria sin enredarse en legalismos entorpecedores. En tales circunstancias, el Senado designaba a un dictador, cuya palabra era ley, por un periodo de seis meses, con plenos poderes, y las demás magistraturas quedaban en suspenso.

La única excepción, cuando había dictador, eran los tribunos de la plebe. El pueblo llano, ya lo hemos visto, estaba excluido del *cursus honorum*, pero, no obstante, elegía a diez tribunos de la plebe (tribuno: jefe de la tribu). Los tri-

bunos eran una especie de revolución institucionalizada que podía mitigar los abusos de la plutocracia. Teóricamente los tribunos eran muy poderosos puesto que tenían derecho de veto sobre cualquier decisión de los cargos *cum imperium*, pero en la práctica aquel poder estaba bastante mediatizado puesto que el voto de uno solo de ellos podía invalidar el de los otros nueve. (A propósito, la palabra veto significa en latín precisamente *prohibo*, que era lo que gritaban los tribunos cuando querían abortar las propuestas de sus adversarios políticos).

Se comprende que los tribunos no gozaran de las simpatías de los poderosos. Por eso, para evitar que vivieran peligrosamente, su cargo también estaba investido de carácter sagrado. El que les ponía una mano encima quedaba automáticamente excomulgado (*sacer*), y no hay que olvidar que la sociedad romana era profundamente religiosa.

Corrupción y soborno

La expansión de Roma y su adquisición de un extenso imperio colonial enriqueció a la aristocracia hasta extremos inimaginables. El soborno y la corrupción estaban a la orden del día. Los gobernadores amasaban grandes fortunas explotando los recursos de los territorios conquistados, a menudo más en provecho propio que en el del procomún, y luego adquirían latifundios en Italia, se construían lujosas fincas de recreo y vivían de las rentas. En Roma imperaba el capitalismo más feroz basado en la explotación de los prisioneros de guerra reducidos a esclavitud. Llegó a haber tantos esclavos que el obrero libre procedente del pueblo llano quedó desempleado. Esta circunstancia quizá hubiera provocado una revolución si la aristocracia no hubiera tenido la precaución de sobornar a los parados con un subsidio de desempleo. El Estado era tan rico que podía permitirse una especie de seguridad social, la *annona*, que repartía tri-

go, base de la alimentación romana, entre los pobres. A estos zánganos mantenidos a las ubres del Estado les era indiferente que todo el poder político estuviera en manos de los patricios y que las tareas de gobierno y los cargos, debido al peculiar sistema de votos, recayeran necesariamente sobre aristócratas. Ellos, progresivamente envilecidos por la holgazanería, se contentaban con *panem et circenses*, es decir, trigo y espectáculos públicos gratuitos: carreras en el circo, comedias en el teatro y luchas de gladiadores en el anfiteatro. Cabe añadir los vistosos desfiles de los generales victoriosos. Bien mirado, se parecían bastante a nosotros, o nosotros nos parecemos a ellos: las carreras del circo suscitaban los mismos fervores partidistas que la liga de fútbol; el teatro y las luchas suministraban la misma sustancia que nos da hoy la televisión: violencia y sexo.

Un texto de Séneca, ya de época imperial, cuando la situación había llegado a sus últimos extremos, nos ilustra sobre la jomada diaria de estos ciudadanos que vivían sin dar golpe: «Roma está llena de personas inquietamente ociosas que no tienen mejor cosa que hacer que merodear y matar el tiempo. Todo el día se lo pasan por las casas, por los teatros y por los foros, entrometiéndose en los asuntos de los demás y dando la impresión de que hacen algo. Sólo buscan matar el tiempo; son como esas hormigas que suben en largas hileras hasta la copa de los árboles para luego descender al suelo de vacío. Si los observas detenidamente verás a los que saludan a uno que ni siquiera les devuelve el saludo, se suman al cortejo fúnebre de un desconocido, acuden al juicio de uno que pleitea todos los días, a la boda de una mujer que se casa cada dos por tres (...) Luego regresan a su posada agotados y no saben decir a qué salieron ni dónde han estado, pero al día siguiente vuelven a lo mismo».

Hacia el siglo I antes de Cristo el Senado se había convertido en una institución obsoleta y corrupta incapaz de afrontar las nuevas necesidades que demandaba la admi-

nistración de los inmensos territorios conquistados. Fue Julio César el que daría definitivamente al traste con la República y prepararía el retomo de Roma a un gobierno monárquico.